Ejercicios Espirituales Marzo 29, 2022

*GRUPOS PÍO XII*

*P. Guillermo Mendoza Rodríguez*

SEGUNDA MEDITACIÓN

“**EL SEÑOR ES MI LUZ Y MI SALVACIÓN**”

Iniciando esta segunda meditación de nuestro camino cuaresmal hacia la Pascua, luego de la enseñanza que la meditación pasada nos daba Jesucristo nuestro Señor para vencer las tentaciones que se nos presentan en la vida, proseguimos el itinerario penitencial procurando los medios necesarios para salir victoriosos ante las adversidades y alcanzar así la victoria pascual.

Pero no todo en esta vida es sólo penitencia y sacrificio que nos hace sentir asfixiante y penosa la existencia, sino que también experimentamos momentos felices y bellos que nos motivan a seguir adelante, a pesar de los pesares, y que nos ayudan a sonreír y contagiar esperanza a los demás. Este es el mensaje del evangelio del 2o domingo de Cuaresma, en el que la liturgia de la Palabra nos ofrece el bello pasaje conocido como **la Transfiguración del Señor**. Y para comprenderlo mejor, es preciso saber el contexto por el que se dio: días antes, Jesús les había anunciado a sus discípulos su pasión y muerte, y eso no sólo los entristeció y desanimó, sino que les derrumbó las esperanzas que tenían sobre el mesías triunfalista, de corte político, que ellos anhelaban, como la mayoría de los judíos, y creían ver en Jesús su Maestro. La decepción cundió en el grupo, con el consiguiente abatimiento. Era un momento de crisis que anticipaba una posible desbandada general. Pero Jesús no se desesperó ante esta situación. Como buen creyente y con confianza filial, “subió al monte para hacer oración” con su Padre Dios…

En toda la Biblia, desde el Antiguo Testamento, y con Jesucristo mismo, el monte o montaña, es un lugar muy recurrente como presencia y manifestación, o lugar de encuentro y oración con Dios. En la vida de Jesús está el monte de su sermón o gran predicación, el monte de la oración, el monte de la transfiguración (Tabor), el monte de la cruz (Calvario o Gólgota) y el monte de la ascensión. Por eso, debemos captar la trascendencia del monte “como lugar de la subida, no solo externa, sino sobre todo interior; el monte como liberación del peso de la vida cotidiana, como un respirar en el aire puro de la creación; el monte que permite contemplar la inmensidad de la creación y su belleza; el monte que me da altura interior y me hace intuir al Creador” (Benedicto XVI: Jesús de Nazaret, p. 360).

Es por eso que Jesús creyó muy conveniente mostrarles a algunos de sus discípulos “en el monte santo el esplendor de su gloria, para testimoniar, de acuerdo con la ley y los profetas, que la pasión es el camino de la resurrección” (Prefacio), y para “dar a conocer en su cuerpo, en todo semejante al nuestro, el resplandor de su divinidad. Ya que, ante la proximidad de la pasión, fortaleció la fe de los apóstoles, para que sobrellevasen el escándalo de la cruz, y alentó la esperanza de la Iglesia, al revelar en sí mismo la claridad que brillará un día en todo el cuerpo que le reconoce como cabeza suya” (Prefacio del 6 de agosto).

El mensaje de la Transfiguración nos anima en el camino de la historia que avanza hacia su meta: llegar al Padre. Por eso, junto a Jesús, aparecen Moisés: que simboliza la ley de Dios, y Elías: que representa a todos los profetas. Son los grandes testigos de la esperanza de Israel. Han precedido a Jesús, han marcado sobre el mundo el ritmo de la espera de los hombres y ahora se muestran unidos al Mesías. Por eso conversan con Jesús sobre el tema central de la historia: la Pascua redentora que debe realizar en Jerusalén: “hablaban de la muerte que le esperaba”.

Maravillados los apóstoles ante la gloria que veían, Pedro sugirió quedarse ahí, incluso haciendo unas chozas, para seguir disfrutando esos momentos, como para eternizarlos. Pero era necesario bajar del monte para continuar el camino: ir a Jerusalén para padecer y morir.

Así nos gustaría experimentar como Pedro. Pero no podemos quedarnos muy a gusto instalados en este monte de los ejercicios espirituales. Es preciso bajar a la llanura de la realidad ordinario: la familia, el trabajo, el estudio, y todos los deberes que debemos cumplir, junto con los problemas y crisis personales y sociales que hay que afrontar; pero siempre motivados por el grandioso Tabor que es la Eucaristía, y la oración de cada día que mucho nos animarán para transformar las dificultades o Gólgotas de la vida ordinaria, con más fuerza, más firmeza, más ilusión y esperanza.

La voz del Padre nos ha dicho también: “Escúchenlo”. Cuaresma es un tiempo muy hermoso para estar más atentos a la voz de Jesús en nuestras vidas, en la escucha de su Palabra y en la oración. Vivir sin tanto ruido y decir como Samuel: “Habla, Señor, que tu siervo escucha”. ¡“Escúchenlo”! quiere decir también: ¡Síganlo! Hagamos del caminar de Jesús nuestro camino cuaresmal y de siempre.

Conclusión. “Abraham creyó lo que el Señor le decía”; nosotros ¿le creemos al Señor? ¿Creemos de verdad que Cristo nos transformará según el modelo de su cuerpo glorioso? Creerle es seguirlo, y esto equivale a compartir no solamente su cruz, sino también su gloria. Sepamos ver más allá de los sufrimientos y penas de cada día.

La Transfiguración es un acontecimiento de oración, y la Eucaristía es oración que nos transforma, alimentados y fortalecidos en Jesús, que nos alienta para la gloria que nos espera.

**Citas bíblicas**:

1ª. lect.= Génesis 15, 5-12. 17-18 Salmo 26 2ª. lect.= Filipenses 3, 17-4, 1 Ev.= Lc 9, 28-36

**LA PALABRA DE DIOS EN NUESTRA VIDA**

*LA CUARTA TENTACIÓN*

Pedro no sabía lo que decía.

\*​Tenía la mejor buena voluntad pero, honradamente, no sabía lo que decía.

\*​Cristo no había venido al mundo para instalarse en la cumbre de un monte, rodeado de gloria y esplendor.

\*​Había venido para recorrer el duro camino que llevaba hacia Jerusalén: al sacrificio y a la cruz.

\*​Pedro –sin saber lo que decía- le estaba proponiendo que dejara su misión por razones de comodidad.

Ésta fue la cuarta tentación de Cristo –las otras tres habían sido en el desierto-

y es también nuestra gran tentación:

\*​dejar de cumplir nuestra responsabilidad en nuestro trabajo, en el hogar, en nuestra comunidad de Pío XII, para disfrutar de la lectura del periódico, de la revista, de una buena plática, de tiempo para hacer otro trabajito…

\*​dejar la misión familiar de transmitir responsablemente la vida, porque los niños, los nietos ¡usted sabe!, significan gastos, molestias, preocupaciones…

\*​dejar que se cometa aquella injusticia con una persona, por no meterse en líos…

\*​regatear el tiempo al cónyuge o a los hijos, porque se la pasa uno mejor con los amig@s…

\*​callar cuando se tiene que decir algo que no va a gustar, porque es más cómodo callar…

\*​dejar, por no molestarse, que otros se las arreglen como puedan en sus apuros…

OLVIDAR, EN UNA PALABRA, QUE LOS CRISTIANOS, COMO CRISTO, ¡NO VINIMOS A ESTE MUNDO A PASARLA DE MARAVILLA, SINO A CARGAR LA CRUZ DE CADA DÍA!…

**ORACIÓN**

Gracias te damos, Señor, Dios Padre nuestro,

por la esperanza que alientas en el corazón de tus hijos:

Jesucristo, tu Hijo y nuestro Salvador, el Señor transfigurado,

transformará nuestra condición terrena y caduca

según el modelo de su condición gloriosa y eterna,

con esa energía que posee para sometérselo todo.

Necesitamos, Señor, contactar contigo por la oración,

para reafirmarnos en nuestra propia identidad cristiana,

para serte fieles en el momento de la prueba de la fe,

para vivir como hijos tuyos y hermanos de los hombres,

para anticipar en la noche la luz esplendorosa de Pascua. Amén.

LA PALABRA DE DIOS EN NUESTRA VIDA

“*ÉSTE ES MI HIJO AMADO… ESCÚCHENLO*”

Esto se lo dijo Dios Padre –porque sin duda alguna la voz que salió de la nube luminosa era la de Él- a Pedro, a Santiago y a Juan en el monte Tabor, el día de la transfiguración de Cristo.

Esto también nos lo dice Dios a todos y cada uno de nosotros –es decir, a toda esta comunidad de Pío XII … y a mí también. Dios nos revela cada día quien es Jesús, su Hijo amado, su Predilecto, su Corazón, su Amor y su Misericordia.

Lo que se nos lee en el Evangelio dominical es la Palabra del Hijo de Dios y obviamente es para que lo escuchemos, lo que en el lenguaje bíblico significa para que lo cumplamos.

“Este es mi Hijo, mi escogido; escúchenlo”

Si cada domingo acudiéramos a nuestra Misa convencidos -como es la verdad- de que Cristo va a hablarnos a través del Evangelio y de que su Padre quiere que lo escuchemos y nos esforcemos por cumplir durante el resto de la semana eso que Cristo nos dijo y que su Padre quiere que escuchemos, fortalecidos con la comunión, nuestra Misa dominical sería diferente… y también nuestra vida.

“*ÉSTE ES MI HIJO, MI ESCOGIDO, ESCÚCHENLO*”

Cuando Jesús subió al monte con Pedro, Santiago y Juan, y se transfiguró delante de ellos y lo vieron conversando con Moisés y Elías, quedaron asombrados, porque estaban delante de una auténtica manifestación de Dios. Y de forma semejante a lo ocurrido en el Bautismo del Hijo, el Padre celestial hizo que se escuchara su voz.

​Nunca perdamos de vista que Jesús es Dios y hombre verdadero, y que su palabra nunca pasará: “Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre” (Heb 13, 8).

​Cuando escuchemos otras voces que nos quieran alejar de la santa voluntad de Dios, que es la Verdad, acerquémonos con mayor fe a repasar las enseñanzas de Cristo, que nos dan la vida eterna.

​Escuchar a Jesús implica obedecerlo. Éste es camino seguro de salvación, porque desea que estemos con él, para eso murió en la cruz.

​Démonos tiempo para “escuchar” a Jesús en la Sagrada Escritura, en el Catecismo de la Iglesia Católica, en las enseñanzas de los santos.

“Somos ciudadanos del cielo… manténganse fieles al Señor”.